

ESCENA VI.

CELIA, BELTRAN Y DON JUAN.

CELIA. — ¡Ah desdichado don Juan!

BELTRAN (A Celia.) — Ayúdale.

CELIA. — ¡A Dios pluguiera

Que mi voluntad valiera! (Vase.)

BELTRAN — Pues ¿qué tenemos?

D. JUAN — Beltran,

La verdad huyo; á la esperanza pido

Engaños que alimenten mi deseo;

Eternos contra mí imposibles veo;

Nado en un golfo, ni de un leño asido.

Con el vuelo de amor mas atrevido

No subo un paso; y aunque mas peleo,

Al fin vencido soy de lo que creo,

Vencedor solo en lo que soy vencido.

Así desesperado, vitorioso

Niego al deseo engaños, y á la gloria

Más vivo anhelo, si su muerte sigo,

¡Triste, donde es el no esperar forzoso,

Donde el desesperar es la vitoria,

Donde el vencer da fuerza al enemigo!

BELTRAN ¡Triste, donde es forzoso andar contigo,

Donde hallar que comer es gran vitoria,

Donde el cenar es siempre de memoria!

(Vanse.)

ESCENA VII.

Sala en casa del Conde, en Madrid.

EL CONDE, DON MENDO Y ORTIZ.

D. MEN. — A mi señora Lucrecia

Dad, Ortiz, ese papel. (Dale un papel.)

ORTIZ. — Guárdeos Dios. (Vase.)

D. MEN. — Cosa cruel,

Conde, es una mujer necia.

CONDE. — ¿Cómo?

D. MEN. — Con celos y amor

Sale Lucrecia de sí.

CONDE. — ¿Con causa, don Mendo?

D. MEN. — Sí;

Mas tanto el yerro es mayor.

Si por doña Ana estoy ciego,

Ella ¿qué ha de remediar

Con reñir y con celar,

Sino añadir fuerza al fuego?

CONDE (aparte. ¡Quieran, Lucrecia, los cielos

Que te mude esta mudanza,

Y á mi perdida esperanza

Abra la puerta tus celos!)

— Y vos ¿qué le respondeis?

D. MEN. — Nunca el negar hizo daño.

CONDE. — Mejor fuera el desengaño;
Si en otra parte queréis.

D. MEN. — Dañarme, Conde, podría;
Que su amor causó en mi pecho
Terrible incendio, y sospecho
Que hay centellas todavía.
Y quien antiguo cuidado
Arraigado al alma tiene,
Ha de obligar el que viene,
Sin despedir el pasado;
Que mil veces se agradó
De la novedad Cupido,
Y vuelve á buscar rendido
Lo que arrogante dejó.

CONDE. — Avariento sois de amor.

D. MEN. — Más el de doña Ana estimo.

CONDE. — ¿Y ella os quiere?

D. MEN. — Pienso, primo,
Que merezco su favor.

CONDE. — ¿Qué hay de Teodora?

D. MEN. — Quería

Que yo fuese su marido,
Como si hubieran nacido
Mis abuelos en Turquía.

CONDE. — Sin ser loca, yo no creo
Que ninguna mujer pida
La esclavitud de una vida
Por la muerte de un deseo.

D. MEN. — Pues ya, despues que mi amor
Sacó piés amedrentado,
En ella crece el cuidado,
Y al paso dél mi rigor.
Ya sin esa condicion
Estimara mis favores.

CONDE. — Dichoso sois en amores.

D. MEN. — En el signo del Leon
Marte y Vénus concurrieron
De mi nacimiento el dia;
Y si hay cierta astrologia,
Ellos amable me hicieron....
— Mas adios, primo, que es tarde
Y á doña Ana quiero ver,
Que hoy su sol se va á poner
En Alcalá.

CONDE. — Dios os guarde. (Vase.)

ESCENA VIII.

LEONARDO Y DON MENDO.

LEONAR. — El coche á la puerta está;
Que ya se páрте imagino.

D. MEN. — Tenme el coche de camino
A la puerta de Alcalá.
Parta al punto el repostero,
Y encárgales, por mi vida,

Que esté á punto la comida
En la venta de Vivero.
Haz como doña Ana vea
En mi prevencion mi amor.

LEONAR.—Toda tu gente, señor,
Su vida en tu gusto emplea. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid.

D.^a ANA, *de camino*, y CELIA.

D.^a ANA.—¿De qué vas triste? ¿De qué
Lo van todas mis doncellas?
Habla, dime sus querellas.

CELIA.—Señora, verdad diré,
Pues obligacion me pones.
Tienen tus criadas todas
En la esperanza sus bodas
Y en la corte sus pasiones;
Y como de aquí á seis dias
Es la noche de San Juan,
Cuando los amantes dan
Indicios de sus porfias,
Sienten el ver que esa noche
En la corte no han de estar.

D.^a ANA.—Pues pierdan, Celia, el pesar,
Que por la posta en un coche

Conmigo entónces vendrán.
Porque se alegre mi gente,
Gozaré secretamente
De la noche de San Juan,
Y volveréme á la aurora
A proseguir mis novenas.

CELIA.—Alivie el cielo tus penas.
¿Mas no era mejor, señora,
Dilatar esta partida?

D.^a ANA.—Si sabes que estoy muriendo
Por dar la mano á don Mendo,
Y no hay cosa que lo impida
Sino el cumplir las novenas
Que á San Diego prometí,
¿Dilataré, estando así,
El remedio de mis penas?
Con esta traza que doy,
Ninguna queda quejosa.

CELIA.—Hágate el cielo dichosa:
A dalles la nueva voy.

D.^a ANA.—Encárgales por mi vida
El secreto.

CELIA.—Así lo haré:
Don Mendo viene.

D.^a ANA.—Tendré
Buen agüero en la partida.

ESCENA X.

D. MENDO Y D.^a ANA.

D. MEN.—Los campos de Alcalá, bella señora,
 Desdeñan los favores del verano,
 Y de la fértil Flora
 No solicitan ya la diestra mano,
 Despues que primaveras les reparte
 La dichosa esperanza de mirarte.
 Los arroyos, que esperan ser espejos
 En quien de esos dos soles celestiales
 Se miran los reflejos,
 Transforman sus corrientes en cristales,
 Y el agua, en cambio de besallos, grata
 Hace á tus blancos piés puente de plata.
 Al nuevo sol que nace, agradecidas
 En verdes ramas las cantoras aves,
 A coros divididas,
 Dando á los vientos músicas süaves,
 Para explicar la gloria deste dia
 Articular intentan su armonía.
 Párte ¡oh feliz! que el céfiro süave
 Lisonjear pretende codicioso
 La rodadora nave,
 De nueva Europa Júpiter dichoso,

Por quien en Indias vuelto Manzanáres,
 España de sus glorias hace á Henares.
 Párte ¡oh primero móvil adorado!
 De quien siguiendo voy el movimiento,
 Si bien arrebatado,
 Pues tras mi centro corro no violento;
 Que yo, si lo merezco, gloria mia,
 Voy á ser el lucero de ese dia.
 D.^a ANA.—Los campos de esperanzas matizados,
 La consonancia dulce de las aves,
 Los cristales cuajados,
 Las lisonjas del céfiro süaves,
 En nada estimo; y estimara solo
 Llevar por mi lucero al mismo Apolo.
 Mas cuando el corazon lo solicita,
 Forzosa accion de amor correspondiente,
 Ni el honor acredita,
 Ni el estado que tengo lo consiente.
 D. MEN.—Es imán de mis ojos tu presencia.
 D.^a ANA.—Justo efecto de amor es la obediencia.
 D. MEN.—¿Sin tí quieres dejarme?
 D.^a ANA.—Yo, don Mendo,
 Párto sin tí.
 D. MEN.—¿Qué mucho? Vas helada,
 Cuando yo quedo ardiendo.
 D.^a ANA.—Segura fuese yo, como abrásada.
 D. MEN.—No me apartes de tí si desconfias.
 D.^a ANA. Vive el recato entre las ansias mias.

D. MEN.—¿No me llamas tu dueño?

D.^a ANA.—Y de mis ojos,
Cierta lengua del alma, lo has sabido.

D. MEN.—¿De quién temes enojos,
Cuando te adoro yo, de ti querido?

D.^a ANA.—Hasta el sí conyugal temo mudanza;
Que no hay dentro del mar cierta bonanza.
En tanto que á mis deudos comunico
La dichosa eleccion de vuestra mano,
Y devota suplico
En Alcalá á su dueño soberano
Que lleve á fin feliz mi intento nuevo,
Y las novenas pago que le debo,
Puede mudarse vuestro amor ardiente
Y quedar mi opinion en opiniones
Del vulgo maldiciente,
Que á lo peor aplica las acciones.

D. MEN.—¡Mudarme yo!

D.^a ANA.—Temores son de amante.

D. MEN.—Más parecen cautelas de inconstante.
Si ya nuevo cuidado te fatiga,
El fingido recato ¿qué pretende?
Declárate, enemiga;
No el desengaño la mudanza ofende.
Véte segura: ocuparé entretanto
El alma en celos y la vida en llanto.

D.^a ANA.—Ofendes mi lealtad si desconfias;
Mas porque de tu error te desengañes,

Pon secretas espías,
Prueba mi fe, como mi honor no dañes.

D. MEN.—Confianza tendré, mas no paciencia,
Contra el rigor, señora, de tu ausencia.

ESCENA XI.

CELIA Y DICHOS.

CELIA.—Doña Lucrecia, señora,
Viene á visitarte.

D.^a ANA.—¿Quién?

CELIA.—Tu prima.

D. MEN. (ap.) —A impedir mi bien
La trae mi desdicha agora.

ESCENA XII.

D.^a LUCRECIA, *con manto*, ORTIZ Y DICHOS.

D.^a LUC.—No quise, prima, dejar
De verte en esta partida.

D.^a ANA.—Ni yo, Lucrecia querida,
Me partiera sin pasar
Por tu casa, porque el ver
Al pasar tu rostro hermoso,
Fuese presagio dichoso
Del viaje que he de hacer.

D.^a LUC. (*aparte á don Mendo.*)

—Niégame agora, traidor,
Las verdades que estoy viendo.

D.^a ANA—¿Qué le dices á don Mendo?

D.^a LUC.—Del vestido de color
Le pregunto la ocasion,
Porque de irte á acompañar
Lo indica el tiempo y lugar,
Y fuera galante accion.

D.^a ANA—Tan alto merecimiento
Con mi humildad no conviene,
Y más que lisonja, tiene
Malicia ese pensamiento.
Mas si conmigo partiera,
De parecer, prima, soy,
Que pues yo de negro voy,
De color no se vistiera.

CELIA.—Ya bien te puedes partir,
Que los coches han venido.

D.^a ANA—Que no me olvides te pido.

D.^a LUC.—Por puntos te he de escribir.

D.^a ANA—Adios, don Mendo.

D. MEN.—Señora,
En el coche os dejaré.

D.^a ANA—Si alguno en la calle os ve,
Sospechará lo que ahora
Ha sospechado mi prima;
Quedaos y salid despues.

D. MEN. Yo obedezco... (*ap. á ella* Y vuestros piés
Sigúe el alma que os estima.)
(*Vanse doña Ana y Celia.*)

ESCENA XIII.

D.^a LUCRECIA, D. MENDO Y ORTIZ.

D.^a LUC. (*saca un papel y muéstraselo á don Mendo.*)—¿Conoces este papel?

D. MEN.—Yo, Lucrecia, lo escribí.

D.^a LUC.—Junta lo que has hecho aquí
Con lo que dices en él.
Traidor, fingido, embustero,
Engañoso, ¿á ti te dan
Apellido de Guzman
Y nombre de caballero?
¿Qué sangre puede tener
Quien tiene pecho traidor?
¿Es hazaña de valor
Engañar á una mujer?

D. MEN.—Oye, señora...

D.^a LUC.—No muevas
Esos fementidos labios;
Que intentas nuevos agravios
Con satisfaciones nuevas.

D. MEN.—Pues ¡qué! ¿quieres condenarme
Sin oír satisfacion,

- Por sola una presuncion?
- D.^a LUC.—¿Qué disculpa puedes darme?
 ¿Presuncion llamas, traidor,
 Esta tan clara probanza
 De mi agravio y tu mudanza?
- D. MEN.—En lo que fundas mi error,
 Fundo la satisfacion.
 ¿No te dijo de mi parte
 Tu escudero, que de hablarte
 Deseaba una ocasion,
 Donde el descargo sabrias
 Del recelo que te abrasa?
 Tuve aviso de tu casa
 Que á ver tu prima salias,
 Y vine á esperarte aquí,
 Y adelantéme en llegar
 Por no dar que sospechar,
 Viéndome venir tras tí.
 ¡Mira por qué me condenas!
- D.^a LUC.—¿De modo que te disculpas
 Multiplicando tus culpas
 Y acrecentando mis penas?
 Causa doña Ana mi daño,
 ¡Y con hallarte con ella
 Das remedio á mi querella!
- D. MEN.—Porque fuese el desengaño
 En su presencia más fuerte.
- D.^a LUC.—¿Qué desengaño me diste?

- D. MEN.—Como tu pena encubriste,
 No quise hablando ofenderte;
 Mas ten cierta confianza,
 Para asegurar tus celos,
 Que en el órden de los cielos,
 Antes que en mi, habrá mudanza.
 Tuyo soy.
- D. LUC. —Las obras creo.
- D. MEN.—Presto, con la voluntad
 De tu padre, su verdad
 Te mostrará mi deseo.

ESCENA XIV.

EL CONDE Y DICHOS.

- CONDE. (*Ap.* ¿Dónde hay con celos cordura?)
 —¡Lucrecia hermosa! ¡Don Mendo!
- D. MEN.—Conde, que venis entiendo
 Traido de mi ventura;
 Que Lucrecia ha de saber
 De vos lo que hablamos hoy
 De su amor.
- CONDE. —Testigo soy.
- D. MEN.—Eso á solas ha de ser;
 Que pensará que os obligo
 Con mi presencia á abonarme. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL CONDE, D.^a LUCRECIA Y ORTIZ.

D.^a LUC. (*Ap.*)—¡Tú dejas para informarme
En tu favor buen testigo!

CONDE. —¿He de decir la verdad?

D.^a LUC.—Para eso quedas aquí.

CONDE.—Pues escúchala de mí,

Pagues ó no mi lealtad:

Y por prevenir el daño,

Si acaso no me creyeres,

Ten secreto lo que oyeres,

Y averigua si es engaño.

Que pues me dijo don Mendo

Que cuente lo que hoy pasó,

Cumpliendo lo que él mandó,

Nadie dirá que le ofendo;

Que aunque su intento haya sido

Que use contigo de engaño,

No debo para mi daño

Darme yo por entendido.

—Dando hoy para tí un papel

Don Mendo, á Ortiz, tu criado,

Desdenoso y enfadado

Me dijo: «¡Cosa cruel,

Conde, es una mujer necia!

Despues que á doña Ana dí

En servir, sale de sí

De amor y celos Lucrecia.»

Yo le dije: «¿No es mejor

No engañarla?» Y respondió:

«Mil veces lo que dejó

Volvió á desear amor;

Y este caso previniendo,

Nada pierdo en conservalla.»

D.^a LUC.—¿Qué enredos inventas? Calla.

¡Tal pudo decir don Mendo!

Que tu aficion agradezca

Quieres así disponer.

¿Piensas que te he de querer,

Aunque á don Mendo aborrezca?

CONDE.—Oye.

D.^a LUC.—No me digas nada.

CONDE.—Averigualo advertida,

Y dame pena ofendida,

O premio desengañada.

Y si por amarte yo,

Duda en mi verdad has puesto,

Sírvate de indicio aquesto,

Ya que de probanza no.

El va tras ella á Alcalá;

Y no es este mal testigo

Del desengaño que digo:

Despacha tú quien allá

Con cuidado y sin pasion
 Secretamente lo siga;
 Y si mi verdad te obliga,
 Premia un leal corazon;
 Que será culpable error
 Que prefiera en tu cuidado
 Un engaño averiguado
 A un averiguado amor.

D.^a LUC.—La verdad diciendo estás;

Que si negándola estoy,
 No es que crédito no doy,
 Sino que pena me das.
 ¡Ah falso! ¡ah mal caballero!
 ¡Plegue á Dios que en igual grado
 Amante y desengañado
 Pruebes el mal de que muero!
 ¡Pluguiera á Dios, Conde mio,
 Pudiera en esta ocasion
 Mudarse la inclinacion
 Al paso que el albedrío!
 Mas vive cierto, señor,
 Que si me has dicho verdad,
 Te dará mi voluntad
 Lo que te niega mi amor.

CONDE.—Yo lo estimo de esa suerte.

D.^a LUC.—Tanto más me deberás
 Cuanto me forzare mas,
 Conde, por corresponderte. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

La calle Mayor de Madrid, y en ella la casa de doña Ana.

DON JUAN Y BELTRAN, *de noche.*

BELTRAN—El duque Urbino esta noche
 Bien pudiera perdonarte.

D. JUAN—Qué puede querer?

BELTRAN —Llevarte

Querrá consigo en el coche,
 Amarrado al duro banco,
 Sin poderte entretener
 Cuando el decir y el hacer
 Anda por las calles franco.
 Que, noche de San Juan, hallo,
 Si un peon sabe embestir,
 Que suele solo rendir
 Más que treinta de á caballo;
 Que hay mujer que en el engaño
 Que en esta noche previene,
 Librados los gustos tiene
 De los deseos de un año.
 Cuál llega al poblado coche
 De angélica jerarquía,
 Y siendo paje de dia,
 Pasa por marqués de noche.